

## **Inquisiciones otras: El discurso contracolonial en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre**

**Juan Pablo Neyret – The Pennsylvania State University<sup>1</sup>**

El nuevo mundo, recién descubierto, no estaba localizado aún en el planeta, ni tenía forma ninguna. Era una caprichosa extensión de tierra poblada de imágenes. Había nacido de un error, y las rutas que a él conducían eran como los caminos del agua y del viento.

—Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (5)

El propósito de este ensayo es dar cuenta de la instauración de un contradiscurso, producido en el siglo XX, respecto de las ficciones fundacionales de la literatura argentina en el XIX, entendido ese contradiscurso contemporáneo como intento de corrección —y, por ende, desviación— respecto del canon de la literatura nacional. Intentaré llevar a cabo esta empresa desde la hipótesis de que un libro de crítica literaria opera como instancia de mediación entre los textos de ambos siglos que se ponen aquí en conflicto.

El punto de partida de mi investigación —cronológica y topográficamente hablando— es el libro del crítico Adolfo Prieto *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850* (1996), donde se desarrolla la tesis de que los discursos fundacionales argentinos, específicamente los de Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y José Mármol, se basan no en la existencia real de su país en formación sino en “la visión internalizada del viajero” (101) inglés. La literatura argentina, y la Argentina misma, entonces, se fundan sobre un discurso otro y colonial en el que la voz protagónica, glosada por los intelectuales vernáculos, es la del imperio británico.

El otro texto desde el cual parten mis inquisiciones es la novela histórica *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre. En ella se da cuenta del experimento “civilizador” —mencionado en detalle por Prieto— que llevó a cabo el capitán inglés Robert Fitz-Roy entre 1830 y 1832, cuando condujo a Londres en el barco “Beagle” a cuatro aborígenes de la Patagonia, tres de ellos de Tierra del Fuego y uno de la zona del canal que hoy lleva el nombre del buque.<sup>2</sup> Sus seudónimos ingleses eran Jemmy Button (personaje central en la novela), Fuegia Basket, York Minster y Boat Memory. Fitz-Roy los secuestró en 1830 y en 1832 los devolvió a su tierra originaria, con excepción de Boat Memory, que murió en las islas británicas.

---

<sup>1</sup> El presente trabajo es el resultado del seminario doctoral “Founding Narratives of the Americas”, desarrollado en 2007 en el Departamento de Literatura Comparada de Penn State University. Expreso mi más profundo agradecimiento a su responsable, el doctor Djelal Kadir, quien leyó minuciosamente estas páginas y aportó sus invaluables correcciones y sugerencias.

<sup>2</sup> La misma denominación “Canal de Beagle” es un ejemplo de las inscripciones que no sólo en la literatura sino también en la topografía misma del país realizó Inglaterra, desde luego, con la avenencia de los escritores y topógrafos argentinos.

Sostengo que existe un diálogo abierto entre el texto de Iparraguirre y aquéllos de Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Mármol, es decir, entre discurso contracolonial y discurso colonial/colonizado (aun después de la Independencia de la nación argentina) pero que tal intertextualidad posee como mediador al volumen de Prieto. De este modo, pretendo demostrar que la novelista aborda una materia histórica a partir de la revelación que el crítico hace de ese extrañamiento de los padres de la literatura nacional, lo que en el caso de Iparraguirre implica que nos situamos frente a una creación literaria que es también una operación política, en este caso, influida no sólo por su propuesta de reescribir el canon argentino sino también por el efecto causado por la “emergencia” que Prieto menciona en el título de su volumen. Ésta opera no sólo bisémicamente como “acto de emerger” y como “urgencia” sino que también entra en una puesta en abismo en la que su propio libro es una emergencia, en definitiva también una acción política, y a la vez la condición de posibilidad para que emerja —nuevamente en el doble sentido de la palabra— una novela como la de Iparraguirre.

El presente ensayo, si bien apelará por momentos al análisis textual, no se propone como un ejercicio de crítica literaria sino más bien como una reflexión sobre los tópicos mencionados, a los que se suman otros: dos, concretamente. Uno de ellos, el rol que tiene asimismo como mediadora en este tejido que va del XIX al XX, la obra de Jorge Luis Borges —el gran mediador de la literatura argentina— en el proyecto de Iparraguirre. El otro, la puesta en cuestión de conceptos relativos al poscolonialismo como término por emplear al momento de definir las literaturas “emergentes” y, en consecuencia, la elección que realizo por el que llamo contracolonialismo.

En la “Introducción” a *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Prieto delinea el plan de su obra:

Algunos de los viajeros ingleses que llegaron a la Argentina entre los años 1820 y 1825 aproximadamente elaboraron una imagen del país según pautas de selección y de jerarquización muy específicas. Que algunas de esas pautas se anticiparan en varios años o fueran, en el momento de publicación de los textos, estrictamente contemporáneas a las empleadas por escritores que, como Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Mármol, proclamaron y contribuyeron, de hecho, a la fundación de la literatura argentina, se ofrece como circunstancia que el presente estudio se propone examinar. Y no porque la crítica literaria y la crítica cultural hayan dejado de observar esas circunstancias, sino porque hasta ahora estas observaciones han estado basadas en una lectura o bien desinteresada de la red textual en la que los viajeros ingleses inscribían sus relaciones, o —si interesada— interesada sin atender al número ni a la particularidad de cada una de esas relaciones. (12-13)

Para el crítico se trata, pues, de hacer una lectura interesada y minuciosa en la que se puedan dar cuenta los procesos de génesis de los textos fundacionales argentinos. Reconocido marxista, Prieto indudablemente se propone bucear en las relaciones de producción, en este caso textual, pero que convocan dimensiones mucho más amplias: la legitimación del expansionismo europeo como empresa de civilización y la afirmación de la ideología del neocolonialismo (20).

El libro se divide en dos partes: “Viajeros ingleses al Río de la Plata” (27-95) y “Los signos emergentes de la literatura nacional argentina en el contexto de los relatos de

viajeros ingleses” (97-189). En la primera se da detallada cuenta de las incursiones inglesas en la región mencionada pero especialmente de su textualización. Prieto se preocupa en destacar, a obvios fines de justificar la segunda parte, “la percepción de estrategias expresivas movilizadas y orientadas desde determinantes expectativas de lectura ... en función de una audiencia metropolitana” (29), ya que antes había señalado “[l]a propia índole de la literatura de viajes, proclive a ser pensada y escrita desde la perspectiva del regreso” (21).<sup>3</sup>

Entre las páginas 69 y 84, Prieto da cuenta del viaje del “Beagle” y particularmente de “una serie de encuentros con un grupo de indios patagones” (70). El autor se centra entonces en los libros que escriben tanto Fitz-Roy como el naturalista embarcado en el buque, no otro que Charles Darwin.<sup>4</sup> Lo destacable es que Prieto nota que, si bien Fitz-Roy debe cumplir con la función de informante para la corona británica, hay un evidente cambio de estilo al momento de narrar la historia de los cuatro aborígenes, en una secuencia que “contiene el potencial de un relato de primer orden y destaca, precisamente para la naturaleza del texto en que se incluye, la atracción ejercida por módulos puramente narrativos” (71). Tras dar cuenta del relato de los hechos según Fitz-Roy, el crítico señala que “[l]a crónica encierra, como se advierte, los gérmenes de una verdadera novela antropológica” (72). Lo mismo, anota, le ocurrirá a Darwin al momento de escribir su propio relato de viaje: “al igual que Fitz-Roy, debió de advertir los [elementos de interés] que en esa historia se ofrecían como nudos germinales de una suerte de novela antropológica.”<sup>5</sup> En todo caso, con los recursos expositivos e interpretativos a su disposición, no dudó en establecer para esa historia el estatuto y las prerrogativas de un universo narrativo particular”, en el que, por ejemplo, en el discurso del naturalista, la descripción de Tierra del Fuego incluida en la segunda edición “inmediatamente después de la presentación de Jemmy”, se vuelve una interpolación narrativa en la cual “el mero escenario físico deviene ahora escenografía del drama individual que se anticipa” (82). De este modo, “la historia de Jemmy, evocada por el naturalista, concluye por ser tanto la ilustración de un formidable capítulo de etnología comparada como la ilustración de una conmovedora historia de amor [por su esposa], tan próxima ya al imaginario que filtra los límites de la literatura” (83).

*La tierra del fuego* se centra en la historia de Jemmy Button y de su relación de hermandad con un criollo llamado John William Guevara, personaje ficticio que participa de la expedición inglesa. Sin embargo, la novela de Iparraguirre, pese a tener lugar parcialmente sobre el “Beagle” y en parte en Londres, posee su epicentro en un sitio inhóspito de la pampa argentina: la localidad bonaerense de Lobos.<sup>6</sup> El tiempo de la

<sup>3</sup> Claudia Torre, en su artículo “Los relatos de viajeros”, glosa esta idea al decir que “cuando estos textos se publican generan modelos de lectura” (517).

<sup>4</sup> Se trata, desde luego y respectivamente, de *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle, between the Years 1826 and 1836, Describing their Examinations of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe* (3 vol.) y *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the Countries Visited During the Voyage of H.M.S. Beagle Round the World*, este último hoy conocido como *The Voyage of the Beagle*. Ambos libros aparecieron en 1839.

<sup>5</sup> Prieto, un escritor notablemente riguroso y que no cae en redundancias, pone tal énfasis en ello y lo vuelve a expresar en términos ya no análogos sino casi idénticos a los aplicados a Fitz Roy diez páginas atrás, que podemos considerar su insistencia como un reclamo casi explícito de la existencia futura de esa “novela antropológica”.

<sup>6</sup> Valga siquiera como apunte que se trata del mismo pueblo donde nació Juan Domingo Perón.

enunciación se ubica en 1865, cuando Guevara recibe una carta del Almirantazgo Británico en la que se le solicita que relate a vuelta de correo “*una noticia completa de aquel viaje y del posterior destino del desdichado indígena*” (16), ya que Button había sido acusado y juzgado como supuesto líder de una matanza de un grupo de misioneros ingleses que su tribu yámana llevó a cabo.<sup>7</sup>

La carta que recibe Guevara no deja ver con claridad, a causa de un pliegue en el papel, el nombre del remitente al que el destinatario se refiere simultáneamente como “MacDowell o MacDowness” como vocativos. Dice Guevara al respecto: “No alcanzo a descifrar su nombre en el doblez del papel, y esto, presumo, ya significa algo” (18). He analizado esta indeterminación del nombre del remitente en mi artículo “De alguien a nadie: Metáforas de la escritura de la historia en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre” a partir de la pregunta “¿Para quién se escribe la historia?”, una cuestión capital que encontrará una inesperada resolución en las últimas líneas del texto, resolución que tiene un vínculo directo con el proyecto escriturario/político de la autora.

La novela, que no está dividida en capítulos sino en “pliegos”, y cuya diégesis abarca de 1806 a 1865, de hecho no es sino la carta —nunca enviada— que Guevara escribe en respuesta al pedido, desde su propia perspectiva y desde su experiencia personal de conocimiento del universo aborigen de Jemmy Button, cuyo nombre yámana es Omoy-lume. Como he señalado en el citado artículo, la indeterminación de los nombres —el citado MacDowell/MacDowness, así como Jemmy Button/Omoy-lume y también el del mismo narrador entre el inglés John William y el español Guevara— se corresponde con la misma indeterminación del género al que pertenece el texto. Guevara se refiere en principio a que “[e]stas líneas, en una hoja aparte, son el único intento formal de contestar su carta, míster MacDowell o MacDowness” (21) y más tarde a “esta relación, o como quiera que se la llame” (35), para luego reconocer que “he llegado a comprender que el acto de escribir se justifica a sí mismo y no requiere de ninguna explicación” (32). Desde luego, estas referencias metatextuales se corresponden con una anagnórisis que va experimentando el narrador a lo largo del texto, precisamente, a través del acto de narrar.

No ha de escapar a la consideración de quien lee que Iparraguirre eligió llamar a su novela *La tierra del fuego*, es decir, con la inclusión inicial del artículo y los sustantivos en minúscula, pero que el nombre inevitablemente remite al topónimo Tierra del Fuego, sin artículo y con mayúsculas. El nombrar a “la tierra del fuego” como tal, y no por el topónimo que la estratificó, es un índice acerca de las relaciones entre el tiempo de la enunciación y el tiempo de la historia a que me referiré más adelante. Alternando entre la denominación que la autora eligió y el lugar geográfico que convoca, me interesa ingresar en una serie de reflexiones a través de la declaración que Edward W. Said hace de la intención de su libro *Culture and Imperialism* cuando especifica que “[w]hat I’ve tried to

---

<sup>7</sup> A menos que lo indique explícitamente como énfasis propios, las bastardillas pertenecen siempre a los textos originales. Ello se verifica peculiarmente en *La tierra del fuego*, donde el uso de distintas tipografías constituye asimismo un procedimiento de subversión textual. Estas operatorias y procedimientos se enfatizan en la escritura de narraciones con un notorio énfasis en lo epistolar y ello ocurre especialmente en el caso de escritoras argentinas de la última mitad del siglo XX y principios del XXI que subvierten la perspectiva transatlántica habitualmente europeísta en pos de una reivindicación de los pueblos originarios americanos. Remito para ello como otro ejemplo privilegiado a *Finisterre* (2005), de María Rosa Lojo, que considero inscrita en la misma hibridación a la que apela Iparraguirre.

do is kind of geographical inquiry into historical experience” (7). De hecho, el siglo XIX, con los “descubrimientos” geográficos llevados a cabo por los grandes imperios, inglés y francés especialmente, en su empresa colonizadora, es, junto con el XVI, el siglo de los mapas. Sin embargo, estos mapas no trazan solamente topografías sino que generan discursos a partir de la apropiación de tierras. El crítico cultural Jens Andermann lo explica de este modo en *Mapas de poder: Una arqueología literaria del espacio argentino*: “podríamos hablar de topografías; de mapas, ya no de espacios sino de imaginaciones y memorias de espacios, convencionalizadas en tropos, en figuras e imágenes retóricas. Una topografía es el mapa del territorio nacional; una topografía, del espíritu de la nacionalidad” (18). Poco antes, el autor había propuesto: “La territorialidad nacional es un artefacto producido en el discurso: es el efecto de narrativas dramáticas donde se cuentan escenas de producción de los límites” (17).

Las topologías de Andermann se corresponden con las visiones mediatizadas de Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Mármol, recicladas de los relatos de viajeros ingleses, que Prieto analiza en la segunda parte de su libro. Nadie ha expresado mejor la vastedad del llamado “desierto” como Sarmiento en el pasaje del *Facundo* en el que (se) pregunta: “¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada?” (78). La cita es de por sí emblemática porque, como es sabido, el escritor sanjuanino no conocía el desierto sino por sus lecturas. Pero también resulta operativa a los fines de la lectura de *La tierra del fuego* porque, en uno de los dos acápites de la novela, Iparraguirre toma un pasaje que le sigue inmediatamente: “¿Dónde termina aquello que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! ... el hombre que se mueve en estas escenas se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto” (cit. por Iparraguirre 9).

Andermann postula que “[e]l desierto no es una presencia previa a la letra cuya inscripción pretende redimirlo de su silencio, sino que es inventado en el momento mismo de la inscripción y desde la letra que se concibe como su revés” (38). Esta afirmación, acorde con su raíz deleuziana y por lo tanto fronteriza —como lo es el mismo “desierto” argentino del XIX, al que se llama también “la frontera”—, admite al menos dos lecturas. Una, la de la paradoja textual que lo instaura, justifica la cita siempre que nos hallemos en un territorio (geográfico, discursivo) en el que las palabras sean las únicas productoras de sentido. Sin embargo, desde la perspectiva de un realismo a ultranza —muchas veces también llamado sentido común— la postulación es discutible. Valga como posible refutación el siguiente postulado de John R. Searle en *The Construction of Social Reality*:

...within the class of speech acts that refer to a reality beyond themselves there is a subclass whose normal understanding requires a reality independent of all representation. The simplest way to show that is to show that a socially constructed reality presupposes a reality independent of all social constructions, because there has to be something for the construction to be constructed out of. (190)

Las inscripciones de Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Mármol acerca del desierto responden a la primera interpretación de la tesis de Andermann: la construcción que hacen del espacio argentino es puramente textual, aunque ese espacio, si se sigue a Searle, siempre haya estado allí. Ello equivale a decir que la nominación que realizan los

fundadores de la literatura argentina es en rigor una des-nominación, aunque paradójicamente la inscriban en nombres. La suya es una realidad virtual, o, como la llama Searle, socialmente construida, en este caso a partir de la apropiación de discursos ajenos. Y esto conduce a una situación que me atrevo a llamar real y que es la que anticipara Prieto: la legitimación del expansionismo imperial y del neocolonialismo.

En *La fábrica de la memoria: La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*, Peter Elmore explica respecto de *La novela histórica* de Gyorgy Lukács que “el asunto decisivo en el proyecto de Lukács es *la representación novelesca de lo nacional*; por eso, en su discurso crítico el pueblo —es decir, la gente común, la mayoría de los naturales del país— adquiere un papel protagónico”, y traspolándolo a nuestro subcontinente, agrega: “La tesis de que la novela histórica examina primordialmente la problemática de la nación y lo popular en el proceso de su devenir se ratifica, con nitidez, en la ficción latinoamericana contemporánea” (33), puesto que “lo que caracteriza a los ejemplos más notables del género es la crítica a los orígenes de la nacionalidad, el desmantelamiento de los mitos patrióticos. ... al mismo tiempo, el ejercicio de la relectura pone en relieve el carácter textual, ideológico, de las imágenes hegemónicas del pasado colectivo” (39-40).

Por su parte, Noé Jitrik, en *Historia e imaginación literaria: Las posibilidades de un género*, especifica:

...en lo que concierne al “referente”, ... es un saber que está ahí, preexistente, disponible, casi siempre ya ordenado y normativizado *según ciertos acuerdos sociales que le confieren una forma determinada en relación con la lucha por el poder político; esos acuerdos, siempre violentos e impuestos por la lucha por el poder*, confieren legitimidad a ese saber y, por consecuencia, valor histórico. Correlativamente, establecen las pautas interpretativas, razón por la cual todo trabajo de deconstrucción debe determinar las condiciones del acuerdo social ... El novelista histórico se enfrenta con esa fuerza y, por lo tanto, se pliega a ella, o sea que retoma el saber del referente como viene (puede incluso matizarlo o actualizarlo) *o intenta dirigirle su propia fuerza, que podemos llamar “crítica”, lo que implica introducir nuevas intenciones, nuevos modos de lectura.* (72-73; énfasis añadidos)

Tanto Elmore como Jitrik utilizan la palabra “crítica” para referirse a la actitud del novelista histórico respecto de mitos y saberes que no son sino el resultado de una hegemonía textual forjada, en el caso de las naciones latinoamericanas, por imposiciones de poder de las clases dominantes y las élites letradas. Se trata precisamente de deconstruir ese saber que no tiene otro origen, como apunta Jitrik, que un acuerdo violento impuesto en la lucha por el poder, un poder que Prieto deja claramente establecido que se trata tanto de una operación textual como de realidades políticas extratextuales, verbigracia, el neocolonialismo. *Los viajeros ingleses...* demuestra que es el imperio británico el que determina el discurso nacional argentino mediante su absorción por parte de los intelectuales nativos, que por lo tanto ejercen sólo un acto de ventrilocuismo. Pero también rescata y da cuenta de algo que había sido silenciado por la historiografía oficial argentina como lo es la historia de los cuatro aborígenes yámanas cautivados por la expedición inglesa. No hay una imagen mejor que ésta para correlacionar en el plano de los hechos lo que ocurre a nivel discursivo, y es precisamente a nivel discursivo que (como se dijo en la nota 5) Prieto parece estar reclamando que la

literatura se haga eco de la historia de Jemmy Button, y no es otra cosa lo que hace Sylvia Iparraguirre en *La tierra del fuego*. Y lo hace con una conciencia, o una coincidencia, tal con los postulados de Prieto que la principal operación de su novela es deconstruir mediante la inversión aquellos “signos emergentes de la literatura nacional argentina en el contexto de los relatos de viajeros ingleses” para poner por primera vez al inglés como el otro, tanto por medio de la trama como a través de sutiles operaciones textuales que explicaré más adelante. *La tierra del fuego* habla con voces genuinamente argentinas, la del criollo Guevara y la del yámana Omoy-lume, y desdibuja no sólo el discurso inglés sino al inglés mismo, reducido a un trazo confuso en un papel, metáfora de que su escritura ya no es la hegemónica y, por consiguiente, refundación de las letras argentinas desde esa perspectiva que he llamado contracolonial en lo que de oponerse frontalmente al imperio tiene.

Ello produce un des-plazamiento, una ficción cuestionadora en el sentido anfibológico que le da Djelal Kadir al término “recapitulación” en su *Questing Fictions*:

...the quest for the new points to itself as difference. It pursues the attainment of novelty by constantly aiming at displacement so that it may move to the original point of departure, to the beginning. The double meaningful term *recapitulation* is a perfect equivoque for describing this operation. For recapitulation signifies at once a gathering or summation and a re-move back to the head (of the line), back to a beginning which antedates all that becomes recapitulated. (11)

Como cita inmediatamente Kadir de Carlos Fuentes: “Escribir es combatir el tiempo a destiempo. ... Escribir es un contra-tiempo” (12).

Es aquí donde debemos situar las analogías que el discurso de Iparraguirre posee con el de Jorge Luis Borges. Nadie como él ha expresado la nacionalidad argentina, y la escritora es consciente de ello a tal punto que inicia *La tierra del fuego* rindiéndole un evidente homenaje. En “El fin”, el cuento en el que Borges inventa un final para el *Martín Fierro*, se lee de este modo la llegada del protagonista del poema de José Hernández a la pulpería en cuyas afueras encontrará al fin la muerte: “La llanura, bajo el último sol, era casi abstracta, como vista en un sueño. Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía, o parecía venir, a la casa” (518). La llegada del peón que le entregará a Guevara la carta del Almirantazgo Británico que ha de desatar la narración se describe como sigue: “Tan de tarde en tarde la llanura rompe su monotonía interminable que cuando el punto vacilante en el horizonte creció y fue un jinete, y cuando pudo deducirse que su dirección era la de estas pobres casas, ya la impaciencia nos mandaba esperarlo” (9).

No deja de haber tampoco en la relación de hermandad que establecen Guevara y Jemmy Button una reminiscencia del mismo *Martín Fierro* nuevamente mediado por Borges en “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”. *La tierra del fuego* narra el progresivo entañamiento que se produce entre ambos personajes, nuevamente un marginal (el aborígen yámana) y un criollo que decide ponerse de su lado desafiando las convenciones. Pero deseo detenerme en un fragmento de la novela de Iparraguirre que se homologa, en una dimensión metafísica, tanto con este cuento como con otro texto de Borges. He dicho que *La tierra del fuego* es asimismo la historia de un personaje, Guevara, que se construye a sí mismo a través de una escritura que parece en principio tener un narratario, el desconocido MacDowell/MacDowness, pero que termina siendo

una intimación —en el doble sentido de hacer íntimo y de interpelar— al propio narrador. En otro pasaje metatextual, Guevara escribe:

La historia de Button, el extraño destino que nos unió formulan un interrogante que permanece sin respuesta. Una cosa sé: las palabras que, mal o bien y sin que nadie me obligara, yo mismo dispuse sobre estos papeles se han vuelto hacia mí y es como si me miraran esperando una respuesta que no tengo.

Para el que lo escribe, el relato es como un espejo, míster MacDowell o MacDowness. (217)

En este momento de la novela, Guevara siempre escribe de noche. El hecho de que su relato se vuelva hacia él y lo mire, y, como se ha dicho, lo dote de identidad, produzca en él una anagnórisis, no puede sino dejar de remitir a dos citas de Borges. Una, ya analizada por Kadir como “an ominous predicament of apocalyptic self-recognition for the hero and questing protagonist and, ultimately ... for Borges as romancing quester” (16), es el acápite de William Butler Yeats a “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz...”: “I’m looking for the face I had / Before the world was made” (561). Pero a la escena descrita de la escritura que se revierte sobre Guevara le cabe aún mejor este pasaje de la epifanía del “Poema conjetural”: “En el espejo de esta noche alcanzo / mi insospechado rostro eterno” (246).

La relación de Iparraguirre con la obra de Borges puede explicarse tanto desde la repetición puesta en abismo de la operatoria que el escritor hace en “Pierre Menard, autor del Quijote”, reiterada en *La tierra del fuego*, como en la osada inscripción como precursor de ella misma que Iparraguirre hace de él a la luz del ensayo “Kafka y sus precursores”, donde Borges mismo postula que “cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (89-90). En este sentido, refiriéndose al que llama el “objeto-Borges”, Nicolás Rosa en *El arte del olvido* afirma que “[e]scribir hoy sobre Borges significa escribir con Borges” (141), para luego ejemplificar las operaciones de texto-palimpsesto y memoria/olvido textual de la siguiente manera: “A medida que leo-escribo, olvido; a esa fugacidad la hemos llamado *deslectura*, aquello que produce el texto desleído. El olvido-necesario, el olvido-bálsamo, el olvido-protector. ... Eso se llama palimpsesto: al escribir borramos la escritura del otro, de los otros, la cancelamos, pero al mismo tiempo la inscribimos en nuestra propia escritura” (152).

Propongo que, de la misma manera que lo hace en forma más o menos evidente con Borges como “precursor” y Prieto como mediador, Iparraguirre realiza en *La tierra del fuego* la deslectura del canon fundacional de la literatura argentina para realizar una nueva inscripción, si no libre, porque es una empresa imposible, conscientemente subversiva de la primacía inglesa sobre las letras nacionales. Iparraguirre es la Pierre Menard cuyo *Quijote* es *La tierra del fuego*. Pero esta evocación se produce en el nivel de inscribir su escritura en (el) lugar de la de Alberdi, Echeverría, Sarmiento o Mármol, mas no produce un texto idéntico sino que crea otro, un palimpsesto que a la vez que inscribe la escritura de los padres fundadores en la suya propia, la invierte, revierte y pervierte.

Ello se alcanza por medios como, en un caso, el extrañamiento (*ostranenie*) al que se referían los formalistas rusos, especialmente Víctor Shklovski en su artículo “El arte como artificio”, donde propone las operaciones de singularización —mirar las cosas de



modo de verlas como si fuera la primera vez— y de oscurecimiento de la forma — prolongar la instancia de la percepción— para “*experimentar el devenir del objeto*” (60). Iparraguirre presenta mediante el extrañamiento el abordaje del “Beagle” por parte de Guevara en Montevideo en 1829: “No eran cualquier marino ni su barco podía ser cualquier barco ... Hablaban en inglés” (76). Del mismo modo, en la novela nunca se menciona a Charles Darwin por su nombre sino por el apelativo de “el doctorcito”. Esto último, en el plano de la narración, tiene sentido desde la mirada de un criollo sobre un joven y desconocido naturalista. Pero lo que más me importa es la operación de ninguneo que Iparraguirre hace de los ingleses. Si, de acuerdo con la tesis de Prieto, los fundadores de la literatura argentina los absorbieron sin más y copiaron sus palabras para crear el país, en 1998 la escritora diluye a los célebres viajeros ingleses en unas sombras sin nombre y con un diálogo no transcripto. La única presencia efectiva es la del criollo Guevara, que además posee una cualidad esencial, aunque pueda parecer paradójica, para erigirse en contrafigura y protagonista: sabe inglés porque su padre lo era. Ello le otorga la potestad de, en esta batalla de palabras, conocer el lenguaje del enemigo, un lenguaje que sin embargo en su mismo caso ya se ha corrompido, primero porque él elige usar el apellido materno, el criollo. Sin embargo, los habitantes de Lobos llamaban “mayor” a su progenitor por una deformación fonética: “El apellido inglés de mi padre —Mallory— había terminado siendo, en la pronunciación común argentina, primero *máyori*, y después, curiosamente, mayor, un grado del ejército” (14).

*La tierra del fuego* se define inicialmente de acuerdo con los paradigmas poscoloniales, al decir de Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin en *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*, derivados de Foucault y Said, donde se trata de “to invoke certain ways of thinking about language, about truth, about power, and about the interrelationships between all three” (165). Se trata de una escritura de resistencia, pero entendida ésta no como una mera barrera de contención que deviene espectro de lo colonial, sino de una resistencia activa como la postula Said nuevamente en *Culture and Imperialism*:

...the idea of resistance, far from being merely a reaction to imperialism, is an alternative way of conceiving human history. It is particularly important to see how much this alternative reconception is based on breaking down the barriers between cultures. Certainly, as the title of a fascinating book has it, *writing back* to the metropolitan cultures, disrupting the European narratives... (216)

Que Guevara haya elegido nombrarse con el apellido de su madre es un avatar de la trama de la novela, pero el crítico Norman Cheadle no considera que ésta sea una denominación inocente por parte de la autora. En su artículo “Rememorando la historia decimonónica desde *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre” afirma que “[e]l John William Guevara ficticio anticipa el análisis marxista que en el siglo XX animó al Che” (87). Desde la óptica poscolonial, resulta interesante cotejar esta afirmación con el pasaje que le dedica precisamente al Che, dentro de los movimientos revolucionarios marxistas en América Latina, Robert J. C. Young en su libro *Postcolonialism: An Historical Introduction*. El segmento se subtitula “Cuba: Guevara, Castro and the Tricontinental” (204-216). Digo que es de especial interés el libro de Young porque se trata de los pocos textos poscoloniales que se ocupan de Latinoamérica y porque, además, es quizás el primero en subvertir el término “poscolonialismo” para, de acuerdo con la realidad política, social y económica de los países de América Latina y el Caribe, África

y Asia, a partir de la Conferencia Tricontinental de La Habana de 1966, estatuir que es en ese momento donde aparece el poscolonialismo y que “postcolonialism might well better be named ‘tricontinentalism’, a term which exactly captures its internacionalist political identifications, as well as the source of its epistemologies” (5).

Propongo ir un paso más allá, o bien acompañar en su camino a Young —cuya óptica coincide plenamente con la visión marxista pro cubana de Iparraguirre—, y, como lo he dicho varias veces a lo largo de este ensayo, considerar a *La tierra del fuego* como una novela *contracolonia*l. El gran problema del poscolonialismo es que se ha ido convirtiendo en un metadiscurso, es decir, en una serie de libros que reflexionan sobre el sentido y los alcances de la teoría pero raramente se aplican al análisis de artefactos culturales concretos, lo que ha transformado a esta corriente en una fuente de metadiscurso centralista, repitiendo lo que condenaba, esto es, la hegemonía del pensamiento centrado en Europa y los Estados Unidos, y por ende olvidando la realidad de los países del Tercer Mundo. No es casual que un intelectual comprometido con la realidad como Said, cuyo libro *Orientalism* incluso es considerado por muchos el nacimiento de la escritura poscolonial, en sus últimos años se haya alejado voluntariamente del campo de los estudios poscoloniales, o al menos se haya negado a que sus escritos llevaran ese rótulo.

Acierta, pues, el mismo Djelal Kadir en su artículo “The Posts of Colonialism” al alertar que “the temporal reference in the term [postcolonialism] ineluctably reasserts the very historical scheme it would seek to question” (432) y que “the prefix ‘post’ forces the cultures deemed postcolonial into a *preposterous* predicament where ontologically their history is pre-determined for posterity” (433). Kadir a su vez se nutre del artículo de Anne McClintock “The Angel of Progress: Pitfalls of the Term ‘Post-Colonialism’”, donde la autora cuestiona la utilización del término a partir del que llama el mito del progreso y del tiempo lineal: “The word ‘post,’ ... reduces the cultures of peoples beyond colonialism to *prepositional* time.<sup>8</sup> ... the world’s multitudinous cultures are marked, not positively by what distinguishes them, but by a subordinate, retrospective relation to linear, European time.” (86) Sin embargo, McClintock deja bien claro, como lo quiero hacer en mi caso, que “[m]y misgivings, therefore are not about the theoretical substance of ‘post-colonial theory,’ much of which I greatly admire” (88).

En este cuestionamiento del tiempo lineal de Occidente vuelve a asistirme Borges al momento de leer a Iparraguirre (como la asistió él al momento de escribir su novela). Las ya citadas referencias a “Pierre Menard...” y a “Kafka y sus precursores” —textos que han de leerse ineluctablemente en conjunto— justifican que, en un salto temporal hacia atrás, podamos proponer, así sea como juego intelectual, que *La tierra del fuego* pueda ser leída como inscripta en el canon de la misma literatura del siglo XIX argentino, el cual vendría entonces a, como se ha dicho, cuestionar y subvertir. Puede argüirse con demasiada razón que toda novela histórica se remonta al pasado y que la misma denominación “novela histórica” alude a ello y la sitúa como condición *sine qua non* de su existencia en el momento contemporáneo de su publicación, y por lo tanto, el hecho de

---

<sup>8</sup> Adhiero fervientemente a la crítica que McClintock hace de la proliferación del prefijo “post” (o “pos”, según el idioma utilizado) cuando la autora se refiere con ironía a “the almost ritualistic ubiquity of ‘post-’ word in current culture (post-colonialism, post-modernism, post-structuralism, post-cold war, post-marxism, post-apartheid, post-Soviet, post-Ford, post-feminism, post-national, post-historic, even post-contemporary)” (85).

que su acción se desarrolle en el XIX no sería sino una elección autoral que no nos autoriza a nosotros a traspolarla a otro tiempo. Sin embargo, el juego que propongo es, como todo juego, algo muy serio. *La tierra del fuego* se inscribe como ninguna otra novela histórica, a través de la mediación de Prieto, en colisión con los discursos del siglo anterior. La propia Iparraguirre afirma en su ensayo “Patagonia: Historia y ficción: Documento histórico y novela: Una experiencia de escritura”, que en su creación “hubo determinación ideológica” (42) y que

[l]os indígenas a los que alude *La tierra del fuego* han desaparecido hace mucho tiempo, sólo quedan algunos descendientes. No obstante, otros pueblos indígenas de la América Latina, luego de siglos de saqueos, ingresaron y permanecen, hermanados en la extrema pobreza junto a millones de blancos, sumergidos en las clases más subalternas y desposeídas de los países latinoamericanos. Esto sucede hoy. Si de algún modo, una lectura posible de *La tierra del fuego* señala hacia allí, su destino como libro que intentó reflejar parte de la historia real de un hombre real estará cumplido. (52)

Me interesan particularmente en este párrafo —además, por supuesto y principalmente, de la denuncia que la escritora realiza— los deícticos “hoy” (“Esto sucede hoy”) y “allí” (“*La tierra del fuego* señala hacia allí”). Su utilización es claramente contemporánea, es decir, postula a la literatura como un arma política. Mi intención no es contradecir a Iparraguirre sino ampliar el alcance de los mencionados deícticos, ya que el “hoy” puede ser tomado como el hoy de la diégesis, y el “allí”, como la Tierra del Fuego del siglo XIX. Es decir, propongo que la novela se halla enanada entre dos tiempos, pertenece a ambos, y ello es lo que le permite, por una parte, realizar la denuncia que la motiva (la “determinación ideológica” antes mencionada), pero por la otra, socavar los discursos fundacionales argentinos colonizados por los relatos de los viajeros ingleses. Y ello no debe sorprender si se considera la misma tradición de la literatura nacional, particularmente la “Explicación” a *Amalia*, de Mármol, que realiza una operación a la vez inversa y complementaria al ubicarse en el presente pero proyectarse al futuro, es decir, como si en ese mismo presente estuviera siendo leída en el futuro. Explica Mármol:

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existen aún ... Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones por medio entre él y aquéllos. ... El autor ha creído que el sistema convenía ... al porvenir de la obra, destinada a ser leída ... por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema, aquí adoptado, de describir en forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad. (4)

Utilizando un recurso que, como se ha visto, será caro a Borges, Mármol me anima a pensar que Iparraguirre realizó asimismo una “ficción calculada”, en su caso, destinada a ser leída por las generaciones precedentes, o, para no caer en un abismo metafísico, por las generaciones presentes y venideras pero como si estuviera siendo leída, y lo que es más, escrita, en el siglo XIX.<sup>9</sup> Ello le permite cerrar el círculo de su estrategia, de su

<sup>9</sup> A propósito de Colón, Noé Jitrik, muy borgesianamente, en *Los dos ejes de la cruz* redefine “la noción misma de ‘antigüedad’, respecto de la cual no sería el elemento más radical de definición sino, básicamente, la red de referencias en las que todo texto necesariamente se inscribe; a mayor distancia referencial mayor antigüedad”. Y asimismo: “tal distancia se ve frecuentemente modificada por factores subjetivos y condiciones de lectura; por eso, tal vez podría decirse que las crónicas de Bernal Díaz del

“determinación ideológica”: contra-poner su discurso, en el que el inglés es el otro, a aquellos discursos en que nosotros éramos los ingleses.

*La tierra del fuego* es un relato de viajes en el más amplio sentido de la palabra, pues. Creer que el viaje es unidireccional y que sólo puede ser realizado desde el centro a la periferia es sostener un discurso eurocéntrico. Iparraguirre, por el contrario, desplaza en un momento de la obra (todo el pliego cuarto y parte del quinto) a sus protagonistas a Londres, donde se lleva a cabo el experimento “civilizador” con los aborígenes yámanas. Así invierte el sentido del viaje, y con ello, el del lugar de enunciación, ya que aún en Inglaterra, el punto de vista es el de Guevara y el de los aborígenes. Tampoco importa que el barco en el que viajan sea el mismo “Beagle”. Por el contrario, ello implica una apropiación, un “abordaje” en el sentido más amplio de la palabra, en el que se utiliza como el judoka la fuerza del enemigo para vencerlo.

*La tierra del fuego* instaura, entonces, lo que Leopoldo Zea llamó un “discurso desde la marginación y la barbarie”. Los bárbaros indígenas y el bárbaro criollo son los que se apropian aquí de lo que ha estado en el centro de la lucha durante todo el tiempo: el *locus dicendi*. Para el imperio, sostiene Zea, “lo visto y considerado por los otros hombres es lo inadecuado y falso. Cualquier visión que no se adecue a la suya será falsa y, por ello, cualquier expresión verbal de la misma, bárbara. Bárbara de lo bárbaro en su sentido original, esto es, balbuceo de la verdad, del *logos* que no se posee” (15-16). En la novela de Iparraguirre, como dice Borges en su “Poema conjetural”, “[v]encen los bárbaros” (245) en la guerra de la palabra. Si en la teoría poscolonial Gayatri Spivak había sentenciado que “[t]he subaltern cannot speak” (308), desde la misma teoría, o ya saliéndose de ella, en el posfacio a la edición del vigésimoquinto aniversario de *Orientalism*, Said le responde que “[f]or indeed, the subaltern *can* speak, as the history of liberation movements in the twentieth century eloquently attests” (335). Lo que es más, en *La tierra del fuego* el subalterno puede también leer. Las palabras finales de la novela se refieren al destino del texto escrito por Guevara —y constituyen toda una “determinación ideológica” de Iparraguirre respecto de su lector modelo—, dado que éste convive en su rancho con una paisana silenciosa y analfabeta a la que, sin embargo, el narrador le ha encomendado la tarea de coser los pliegos de su relato y que será la destinataria final del mismo, ya que Guevara ha empezado a enseñarle a leer: “Si éste es un relato para nadie, quizá yo mismo deba crearle un lector, y tal vez sea ella, míster MacDowell o MacDowness, la que algún día pueda alcanzar el sentido de estos papeles sin destino” (286). Graciana, con su tez terrosa, es la encarnación de la tierra argentina, de la tierra “bárbara”, y una metáfora de todos los lectores de la novela: los lectores contemporáneos, la lectora “bárbara” del XIX así como los mismos intelectuales de ese siglo (leídos hoy, ayer o mañana, lo mismo da) cuyo discurso la novelista ha *written back*. De este modo Iparraguirre escapa a lo “pos-” colonial y convierte su discurso en *contracolonial*, es decir, en oposición productiva de sentido textual y de acción sobre la realidad, en “ficción calculada”, en definitiva, en la postulación paradójica e iluminadora de Kadir en *Questing Fictions* de que “all time attains to the timeless, to a ‘present absence’ or an ‘absent presence.’” mientras a la vez la utopía “becomes ceaseless deposited from a no-where to perpetually ‘new’ now-here” (11).

---

Castillo son menos antiguas que las propias *Cartas* de Hernán Cortés, aunque se refieran a los mismos hechos” (18). Añado y corrijo: es así *porque* se refieren a los mismos hechos.

## Bibliografía

- Andermann, Jens. *Mapas de poder: Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.
- Ashcroft, Bill, Gareth Griffins and Helen Tiffin. *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*. Second Edition. 2002. London: Routledge, 2004.
- Borges, Jorge Luis. "Pierre Menard, autor del Quijote". 1939. *Ficciones*. 1944. *Obras completas I: 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 2002. 444-450.
- . "El fin". *Ficciones*. 1944. *Obras completas I: 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 2002. 518-520.
- . "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)". *El Aleph*. 1949. *Obras completas I: 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 2002. 561-563.
- . "Kafka y sus precursores". 1951. *Otras inquisiciones*. 1952. *Obras Completas II: 1952-1972*. Buenos Aires: Emecé, 2002. 88-90.
- . "Poema conjetural". 1943. *El otro, el mismo*. 1964. *Obras Completas II: 1952-1972*. Buenos Aires: Emecé, 2002. 245-246.
- Cheadle, Norman. "Rememorando la historia decimonónica desde *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre". *Celebración de la creación literaria de las escritoras hispanas en las Américas*. Eds. Lady Rojas-Trempe y Catharina Vallejo. Ottawa: Girol, 2000. 81-91.
- Darwin, Charles. *The Voyage of the Beagle: Journal of Researches into the Natural History and Geology of the Countries Visited During the Voyage of H.M.S. Beagle Round the World*. 1839. New York: The Modern Library, 2001.
- Elmore, Peter. *La fábrica de la memoria: La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Fitz-Roy, Robert. *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle, between the Years 1826 and 1836, Describing their Examinations of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe*. 1839. 3 vol. New York: AMS P, 1966.
- Iparraguirre, Sylvia. *La tierra del fuego*. 1998. Buenos Aires: Suma de Letras, 2001.
- . "Patagonia: Historia y ficción: Documento histórico y novela: Una experiencia de escritura". 2005. *Casa de las Américas* 245 (2006-2007): 43-52.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria: Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- . Jitrik, Noé. *Los dos ejes de la cruz: La escritura de apropiación en el Diario, el Memorial, las Cartas y el Testamento del enviado real Cristóbal Colón*. Puebla: U Autónoma de Puebla, 1983.
- Kadir, Djelal. *Questing Fictions: Latin America's Family Romance*. Minneapolis, U of Minnesota P, 1986.
- . "The Posts of Coloniality." *Canadian Review of Comparative Literature/Revue Canadienne de Literature Comparée* 22:3-4 (1995): 431-442.
- Lojo, María Rosa. *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- Mármol, José. *Amalia*. 1851-1855. 2 vol. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1979.

- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. 1933. Madrid: ALLCA XX/Editorial Universitaria, 1997.
- McClintock, Anne. "The Angel of Progress: Pitfalls of the Term 'Post-Colonialism.'" *Social Text* 31/32 "Third World and Post-Colonial Issues" (1992): 84-98.
- Neyret, Juan Pablo. "De alguien a nadie: Metáforas de la escritura de la historia en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre". *Espéculo* 29 (2005). <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/sylviaip/html>>
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.
- Rosa, Nicolás. *El arte del olvido*. 1990. *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004. 7-161.
- Said, Edward W. *Orientalism*. 1978. New York: Vintage, 2003.
- . *Culture and Imperialism*. 1993. New York: Vintage, 1994.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo*. 1845. Buenos Aires: Losada, 2002.
- Searle, John R. *The Construction of Social Reality*. New York, The Free P, 1995.
- Shklovski, Victor. "El arte como artificio". 1917. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Ed. Tzvetan Todorov. Trad. Ana María Nethol. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2004.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. "Can the Subaltern Speak?" *Marxism and the Interpretation of Culture*. Eds. Cary Nelson and Lawrence Grossberg. Urbana: U of Illinois P, 1988. 271-313.
- Torre, Claudia. "Los relatos de viajeros". Ed. Julio Schwartzman. *La lucha de los lenguajes*. Ed. Noé Jitrik. *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 2. Buenos Aires: Emecé, 2003. 517-538.
- Young, Robert J. C. *Postcolonialism: An Historical Introduction*. Oxford: Blackwell, 2001.
- Zea, Leopoldo. *Discurso desde la marginación y la barbarie*. 1988. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1990.